

En Venezuela manda hoy un régimen que se define a sí mismo como cívico-militar. El proyecto de Chávez, a falta de mayores precisiones, consiste en lo que hasta ahora se ha visto: amasar poder para conservarlo indefinidamente. La oposición, mientras tanto, se endurece. El pormenorizado artículo que sigue da cuenta de las causas y entretelones de una larga y grave crisis aún por resolver.

Chávez y la ilusión progre

Ewald Scharfenberg

Para empezar estas líneas, habrá que pedirle al lector que ponga a prueba su imaginación tanto como su asombro y visualice un país donde el gobierno de turno —un turno que, según expresión de su propio deseo, pudiera extenderse por veintidós años, a lo largo de toda una generación—

pasa a ser el único ente autorizado para importar los bienes que hacen falta o que supone que hacen falta.

Un país en el que su gobierno dice quién puede comprar divisas y, también, cuántas. Un país donde el gobierno, encarnado en el Presidente de

la República por tradición histórica y vocación personal, aprovecha su momento de máxima popularidad para intervenir los demás poderes del Estado mediante el recurso constituyente, de modo de reconfigurarlos y sujetarlos a un sistema de lealtades individuales que los conecta directamente con la voluntad del mandatario. Un país donde el gobierno se arroga la potestad de establecer, sin mediación judicial alguna, cuáles contenidos de los medios de comunicación agravan la majestad del Presidente y demás autoridades del Estado, así como las sanciones que acarrear. Un país donde la afiliación a una logia militar, aquella de cuyas



Fotos: Archivo La República

Ewald Scharfenberg, periodista venezolano. Corresponsal de la organización Reporteros sin Fronteras (RSF) en Venezuela desde 1996. Actualmente escribe la sección de entrevistas del dominical "Siete Días" del diario *El Nacional* de Caracas.

filas el Presidente proviene, se convierte en el mérito decisivo para dirigir cualquier oficina gubernamental, en lugar de un currículo que lo acredite sin dudas como un buen funcionario. ¿Diría que en ese país reina la democracia? Muy probablemente, no.

Pero, a costa de su paciencia, imagine a la vez otro país donde el gobierno ha surgido de unos comicios en los que casi seis de cada diez electores votaron a su favor. Un país donde el gobierno proclama sin descanso que todos sus actos se inspiran y amparan en las disposiciones de una Constitución que es, además, la primera

que el sufragio popular refrendó en 190 años de vida republicana. Un país cuyo gobierno impulsó legislaciones que prohíben la represión de manifestaciones públicas con armas de fuego y que todavía no ha clausurado o allanado ninguno de los medios de comunicación que abiertamente lo enfrentan. Un país, en fin, cuyo gobierno invoca a la mayoría desposeída para gobernar en su nombre. ¿A eso lo llamaría "una dictadura"? Seguro que no.

Resulta que ambos países colindan dentro de la geografía real de la Venezuela de hoy. La

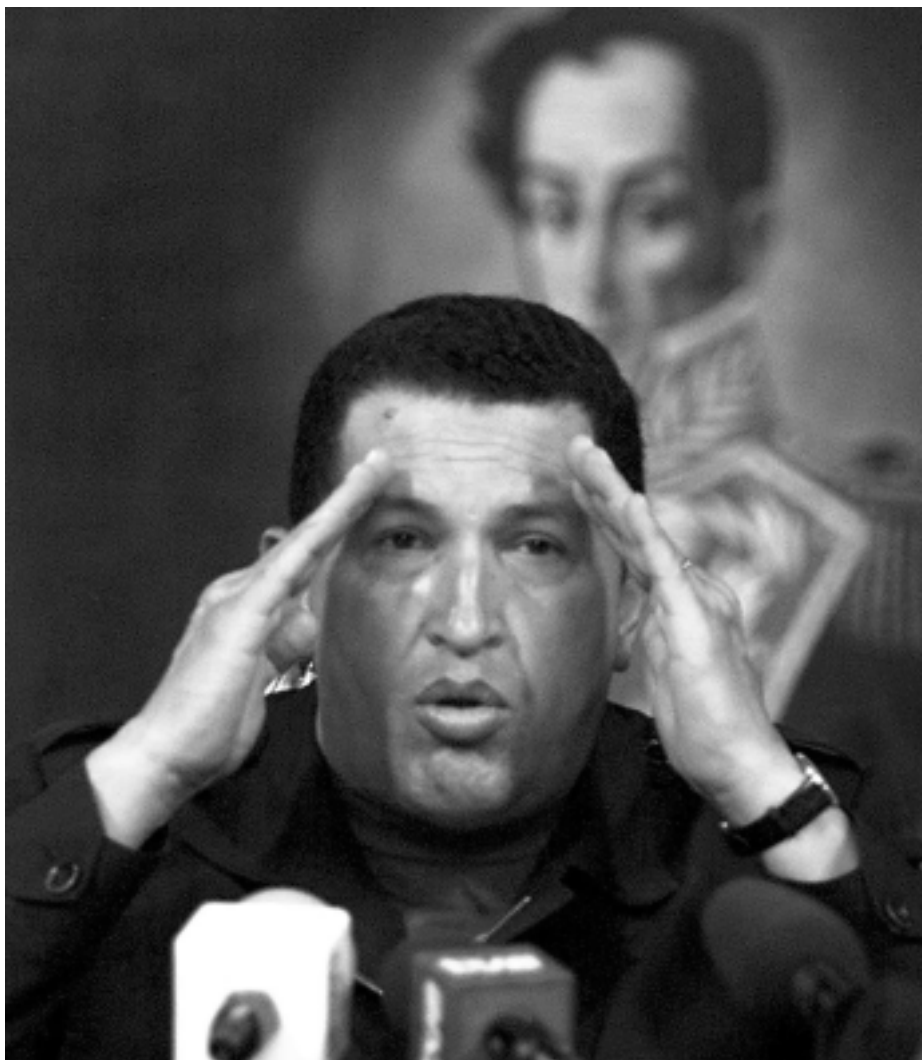
quincalla de ideas inconexas y frases extraídas del almanaque que alimentan el "proceso de cambios" de Hugo Chávez es completada por un vértigo de eventos cuya narración, fragmentada a conveniencia, ofrece un argumento favorable para cualquiera que busque defender la posición que sea. La autodenominada revolución bolivariana y el movimiento cívico que la resiste desafían la taxonomía convencional de los procesos políticos. Y las clasificaciones que no han sido alteradas —izquierda y derecha, liberales y conservadores, buenos y malos—, simplemente parecen estar al revés.

Un proceso de palabras

Lo primero que se debe tener en cuenta para observar sin distorsiones el proceso político local es que, ante todo, este es un proceso de palabras, en el que con frecuencia lo que se dice antecede, excede y, a veces, desmiente, a lo que se hace. La propia génesis del liderazgo político de Hugo Chávez fue un artilugio de palabras: una alocución televisada de setenta y tres segundos con la que, el 4 de febrero de 1992, el entonces teniente coronel de paracaidistas solicitó la rendición a sus compañeros de armas atrincherados en cuarteles del interior del país, bastó para que su figura vivaqueara en la esperanza de los ciudadanos venezolanos, ya para la fecha bastante hartos de la vacua ceremonia en la que se había convertido el sistema democrático.

El otro elemento de contexto que conviene considerar es la informalización de la política y, en general, de las instituciones. Del mismo modo en que los vendedores ambulantes, llamados "buhoneros" en Venezuela, se entronizaron como la presencia dominante en nuestros espacios urbanos, la ansiedad antipartidista abrió las brechas por donde se colaron toda clase de espontáneos y vendedores de baratijas mágicas en la crucial labor de intermediación entre los ciudadanos y sus instituciones.

Valga el ejemplo de las elecciones de 1998, cuando la candidatura de una ex reina de belleza, Irene Sáez, representó por un buen tiempo la única alternativa a Chávez. No se trataba de la contienda entre dos sistemas de ideas, entre dos fojas políticas, ni siquiera entre dos carismas, sino —como entonces recordaba un analista de los temas de comunicación, Pablo Antillano— del cotejo de dos arquetipos, cada cual más exigente y absoluto que el otro: la virgen y el héroe.



Esto se puede constatar con un examen de las noticias sobre el país, pero ya parecerá verdadero si por lo pronto se considera que, en el desconcierto actual de las cosas en Venezuela, los manifestantes gasean con bombas lacrimógenas a la Policía —en realidad, a una Policía, la Metropolitana del opositor alcalde de Caracas, Alfredo Peña— y es el presidente Chávez, líder de un fallido *putsch* en 1992, quien tilda de "golpista" a la heterogénea oposición que busca sacarlo del poder... ia través de los votos!

Y así nos fue

Hoy en Venezuela manda un régimen que se define a sí mismo, sin pudor, como cívico-militar; aunque Pablo Medina, un antiguo aliado del Presidente (de los muchos que, mediante la implacable lógica revolucionaria de la purga, ha sido apartado del politburó chavista), corrija la fórmula con sarcasmo: tenemos un gobierno militar-cívico, en el que lo castrense tiende a sustantivarse y lo civil, en cambio, se ve cada vez más subordinado a una función de excusa propiciatoria. Un bazar de eufemis-

mos, como la "democracia participativa" o la "patria bonita", adorna al proyecto de Chávez que, a falta de mayores precisiones, consiste en lo que hasta ahora se ha visto: amasar poder para conservarlo indefinidamente (hasta el año 2021, ha amenazado, a pesar de que la Constitución que el propio Chávez promulgó solo contempla un periodo de mando de seis años, con una posibilidad de reelección inmediata).

Eso en cuanto a su tentación continuista. De su personalismo habla otra usanza: las

Chávez ha dicho "revolución". Con el comandante, el juego de las palabras alcanza rango constitucional. A veces, también, el terreno de la comedia.

cadena nacional de radio y TV. Solo entre el 2 de febrero de 1999 –fecha de su asunción- y el 12 de febrero del 2002, el Presidente había efectuado 357 intervenciones transmitidas, obligatoriamente, por todos los medios audiovisuales. A razón de una cada tres días. Juntas sumarían el equivalente a trece días continuos de transmisión, con lo que Chávez pone un toque de ironía al hecho de que se haya dado a conocer, en 1992, con un discurso tan breve. La cuenta no incluye los 233 días que acumula en giras por los cinco continentes, a los que vuela con el Airbus que se hizo construir, con un costo de 75 millones de dólares. Como tampoco las 137 emisiones del programa dominical "Aló Presidente", designado por el diario *ABC* de Madrid como "el programa más anárquico del mundo": se prolonga por el tiempo que el Presidente desee, y su deseo suele promediar las cuatro horas de cháchara superflua y denuestos contra sus enemigos políticos.

Cuando un venezolano enciende su aparato de televisión, las probabilidades le vaticinan que verá a Chávez en pantalla. Ya la

omnipresencia mediática le falta apenas un paso para la omnipotencia jurídica: una serie de proyectos legislativos, ya sancionados para la fecha o con aprobación garantizada para el futuro por una devota mayoría oficialista en la Asamblea Nacional, reserva al Ejecutivo una discrecionalidad propia de una monarquía. De las de antes.

Se sospecha que la corrupción campea en los programas gubernamentales, casi siempre administrados por oficiales de las Fuerzas Armadas, sin el contrapeso de una contraloría profesional e independiente. Los indicadores económicos y sociales, incluyendo la tasa de empleo, se hundieron a pesar de que, en menos de cuatro años, la factura petrolera reportó al macroestado venezolano ingresos por 100 000 millones de dólares. Pero en Venezuela esta tóxica combinación de ineptitud gerencial, tentaciones hegemónicas, anacronismo y personalismo se potabilizó gracias a unas gotas de ademanes y frases que suenan "a revolución".

Las palabras sirven para todo

De ello hay tradición en

Venezuela. En 1867 Antonio Leocadio Guzmán, el ideólogo del federalismo liberal y, hasta cierto punto, instigador de la Guerra Federal que con su ferocidad asoló al país durante cinco años, no dudaba en afirmar frente a sus copartidarios: "No sé de dónde han sacado que el pueblo venezolano le tenga amor a la Federación, cuando no sabe ni siquiera lo que esta palabra significa [...] Si los contrarios hubieran dicho Federación, nosotros hubiéramos dicho Centralismo".

Pues Chávez ha dicho "revolución". Con el comandante, el juego de las palabras alcanza rango constitucional. A veces, también, el terreno de la comedia. En 1995, entrevistado por el historiador Agustín Blanco Muñoz, pedía que lo fusilaran si alguna vez se hacía candidato. En 1999, después de que su candidatura conquistó el favor de 59 por ciento de los electores, prometió cambiarse el nombre si en menos de un año no había resuelto, ya desde el gobierno, el problema de los niños indigentes, a quienes –con su proverbial facilidad para el *slogan*– rotuló como los *Niños de la patria*. Cuatro años más tarde, sin embargo, no ha tenido el mismo tino para rebautizarse a sí mismo y cumplir la promesa.

Pudiera ser solo un demagogo más, acaso dotado con la chispa de un animador de maratónico sabatino. Pero sucede que su verborrea se



viste con los tópicos de la izquierda, ropajes que, por lo visto, conservan intacto su prestigio —no hablemos de su pertinencia— en América Latina.

Qué duda cabe de que ese lenguaje justiciero y redentor —atizador de diferencias latentes o imaginarias, así como pregonero de quimeras inalcanzables— conseguiría prender entre los desheredados de siempre, ahítos de resentimiento. También lo hizo en la clase media, depauperada por la quiebra del modelo de concordia que la socialdemocracia venezolana supo imponer y el petróleo alcanzó a financiar, y que no pudo ser reemplazado por un ensayo incompleto de liberalización a comienzos de los años noventa. Curioso que la frustración de las expectativas de que compartíamos un país rico, quizá un botín, justificara una frustración todavía mayor: el

80 por ciento de apoyo a la gestión de Chávez en 1999 apenas es, hoy, menos de 30 por ciento. Aunque se repita, la ilusión es siempre pasajera.

Pero resulta todavía más curioso que ese lenguaje siga expidiendo una carta de legitimación entre las comunidades "progresistas" del mundo. El modo en que estas aceptan sin chistar la fábula de que el gobierno de Chávez es de izquierda, se puede explicar solo si damos por cierto que quienes se quieren de izquierda en el mundo, intentan congregarse a toda costa, así no sea alrededor de una propuesta sino de algún "anti": antiglobalización, antiamericanismo. De esa premura apenas van quedando un cansancio estéril y los prejuicios que se revelan engañosos en estas épocas y latitudes.

El chavismo también está en la oposición

Un vistazo a la otra orilla del

espectro político permite comprobarlo: la providencia repartió equitativamente entre venezolanos las taras del clientelismo, el personalismo, el cortoplacismo y el autoritarismo. En la Plaza Altamira de Caracas acampan desde octubre los conjurados de una rebelión militar, desarmada, claro está, pero perturbadora. Su maximalismo, con frecuencia, toma de rehén a la conducción del movimiento opositor. Los todavía confusos sucesos del mes de abril, en los que el actual ministro del Interior y Justicia, entonces como inspector general de la Fuerza Armada, anunció a todo el país la renuncia del presidente Chávez, tuvieron su epílogo en la confiscación, por parte de una peña política y plutocrática, de los resultados obtenidos en la calle por la resistencia civil. Y mucho hicieron para tildar de "antidemocráticas" las tentativas posteriores de detener el proceso revolucionario.

Todo esto refleja, precisamente, que el movimiento de resistencia civil es tan plural como la misma sociedad venezolana. "Saco de gatos", lo menosprecia

el vicepresidente del régimen, José Vicente Rangel, sin reparar en que, con esa expresión, subraya la diferencia que lo distancia del monoteísmo verti-

cal de una "revolución" que marcha a paso de ganso hacia la homogeneidad.

¿Caucásicos? Imposible de

Se busca un héroe

Y quizá por eso quieren las buenas conciencias del planeta creer que en Venezuela un presidente demasiado parecido a sus pobres, con ideas de avanzada y las mejores intenciones, se enfrenta a las reticencias de una minoría mezquina, blanca y de derechas.

Quiere decir, entonces, que ya va siendo hora de repetirlo sin tapujos: el régimen de Chávez es un gobierno militar, animado por porristas de la izquierda precámbrica, con un discurso nacionalista que aspira a la autarquía (aunque muchas de sus acciones complazcan al capital trasnacional), y un propósito personalista. Su factibilidad depende de la ejecución de un proyecto de control social que exige subyugar no solo los poderes del Estado, sino también los baluartes de la sociedad civil: desde las ONG hasta los medios de comunicación. Ciertamente, no es un *gorilismo* a la antigua, sino una especie endémica y hasta ahora esquiva de la autocracia: su desprecio por las normas democráticas no se reconoce en el modo como las conculca, sino en las formas que adopta para simularlas o para forzarlas a actuar en su provecho. La Constitución de 1999, por ejemplo: no bastó con que la confeccionara a su medida –por intermedio de una Asamblea Constituyente en la que el oficialismo acaparaba un 91 por ciento de escaños, a pesar de que solo había conquistado el 56 por ciento de los votos–, porque luego la interpretaría a su antojo. Y en nada de eso se parece ni al gobierno civilista de Salvador Allende, con el que Chávez gusta compararse, ni al gobierno *trabalhista* de Lula Da Silva, al que Chávez quiere convertir en su valedor internacional.

Mestizo y parlanchín, Chávez apenas conserva otras pocas cosas en común con lo que ha llegado a ser la fracción mayoritaria de la ciudadanía venezolana. Por el contrario, se diría que la experiencia vital del Presidente está signada por una triple excepcionalidad: su biografía es rural e interiorana, en medio de una sociedad que ya en los años sesenta del siglo pasado concentraba tres cuartas partes de su población en las ciudades costeras; su disciplina es militar, hecha en los cuarteles para la obediencia ciega, las instrucciones simples y la sanción, mientras el resto de los venezolanos lidiaban por cuarenta años con las duras, por ambiguas, lecciones de la convivencia democrática; y además Chávez fue, a lo largo de casi veinte años, una suerte de becario de la conspiración, a quien el salario de oficial del Ejército que el Estado le pagaba le permitió soñarse como un célebre jugador de béisbol, primero, y dedicarse al tejido de una red clandestina de sectas pretorianas, después, mientras sus compatriotas civiles tenían que vérselas a brazo partido con la interrogante de cómo ganarse la vida en una economía decadente.



afirmar en la marmita racial venezolana, especialmente re-vuelta desde aquella igualadora Guerra Federal. Sobre la silla presidencial de Miraflores, durante el periodo democrático iniciado el 23 de enero de 1958 se han posado todas las gradaciones del mestizaje mayoritario. Y si tomamos por cierto lo que dicen las encuestas, en el 70 por ciento nacional adverso a Chávez y que estima que la "revolución" a la que ahora les somete es un inesperado contrabando, se diluye buena parte del 80 por ciento de la población que pertenece a las clases sociales más pobres. ¿De derechas? La genética y cultura caribes adoran la centroizquierda. ¿Mezquinos? Seguramente. A pesar de su consabida permeabilidad, los problemas

derivados de la exclusión siguen siendo una asignatura pendiente en nuestra sociedad.

Pero al calor de la crisis venezolana surge una posibilidad. Se ha despertado entre los ciudadanos un compromiso movilizador que, con toda probabilidad, todavía no ha desarrollado todos los anticuerpos necesarios para aislar y fagocitar las tentaciones autoritarias y de restauración de viejos privilegios que se han podido colar. Pero de que lo hará, lo va a hacer. Los últimos dos meses de paro cívico nacional pudieron ser especialmente propicios para el aventurerismo, la intolerancia y los devaneos con la violencia. Sin embargo, las pulsiones de rebelión siguieron encauzándose hacia la desobediencia

civil y la solicitud de elecciones adelantadas. Y es que cuarenta años de democracia, por más precaria que esta fuera, no podían pasar en vano.

Más de lo malo, es lo peor

No sirve para curar lo que ya era previamente malo. A menos que se profese una extraña modalidad de la homeopatía política: para remediar la concentración del poder, un poder más concentrado. Para enfrentar la pobreza crónica, más pobreza. Para subsanar los brotes de corrupción y clientelismo, más discrecionalidad. Para acabar con los abusos de siempre, más impunidad y ni hablar de la rendición de cuentas.

En general, todo cuanto quedaba por hacer en 1999 para profundizar la democracia política, social y económica en Venezuela, sigue pendiente. Peor aún: Chávez despilfarró la oportunidad del cambio. Por efecto de la confusión que produce su máscara progresista, después de Chávez, en Venezuela pudiera quedar esterilizada por un largo tiempo la idea misma de una izquierda democrática y moderna. En este camelo, la sensibilidad social puesta al servicio de la inclusión de las mayorías tiene bastante que perder. Pero para rescatar del próximo desengaño lo que valga la pena salvar, conviene ir despojándose de las categorías preconcebidas que no hacen más que enturbiar el pensamiento, aunque nos hagan sentir tan cómodos! ▲